

JUÁREZ Y LA CARICATURA

“Si Juárez no hubiera muerto”, dice el danzón, hoy cumpliría tan solo doscientos años. Juárez, el “apóstol e invicto paladín”, como nos hacían cantar en la primaria, es uno de los grandes personajes de nuestra historia y es, quizá, uno de los más mitificados, enmascarados, encerrados en una caja que no permite visualizar su realidad. A Juárez lo hemos conocido a través de una imagen pétrea, con una seriedad impactante, como un icono fácilmente reconocible.

La imagen que todos los mexicanos conservamos es aquella que retrató el pintor José Escudero y Espronceda en 1870. Con esas mismas facciones, Francisco Toledo, el gran pintor juchiteco, se puso a jugar y lo pintó de diversas formas, pero siempre con ese rostro enjuto, con esa cara de seriedad, con ese peinado engominado. Ésa es la imagen que Porfirio Díaz nos legó al convertirla en piedra, al mandar erigir el Hemiciclo que hoy luce en la parte principal de la Alameda Central, en avenida Juárez, en el mismo sitio donde se hallaba el kiosco morisco que hoy se encuentra en la Alameda de Santa María la Ribera, y que fue mudo testigo de un atentado al dictador en 1897.

Pero ése no es el rostro que vieron sus contemporáneos. Juárez, el impasible, fue duramente criticado por los caricaturistas contemporáneos, entre otras cosas, por dos motivos: la expropiación de los bienes de la Iglesia y la reelección que tuvo en 1870, apenas dos años antes de morir. El mito juarista nos muestra a un hombre que doblegó a “las fuerzas oscuras”: a los conservadores que tenían al país en vilo, a una Iglesia reaccionaria que impedía el avance económico, político y social de nuestro país; pero además, los hombres de la reforma derrotaron al gobierno monárquico de Maximiliano. Juárez, ni qué decir, es uno de los forjadores del nacionalismo mexicano.

Juárez creyó y permitió la libertad de prensa y, por tanto, refrendó su compromiso con la libre circulación de ideas y la crítica de sus contemporáneos. A diferencia de él, Porfirio Díaz, el gran represor, y los subsecuentes gobiernos autoritarios emanados de la revolución, lo convirtieron en piedra y nunca nos han mostrado la visión de sus contemporáneos. Pero la revaloración de la caricatura y su uso como una herramienta de la historia, nos permiten revisar ese momento, que es también un

homenaje al hombre que luchó por la libertad.

Las caricaturas a Benito Juárez fueron realizadas por grandes artistas como Constantino Escalante, Santiago Hernández, José María Villasana y Jesús Alamilla. Cada uno de ellos criticó diversos aspectos de la política juarista; por ejemplo, es probable que el origen de la denominación de “grillos” que se da a los políticos provenga de una caricatura de Alamilla donde muestra a Juárez representado como dicho insecto. Otra caricatura, terriblemente crítica, es la de Hernández, que es un cuadro de dos vistas: una de ellas lleva, de un lado, el siguiente pie: “La reelección como la pintan los juaristas” (que es un rostro de Juárez); y volteando de cabeza la imagen dice: “La reelección tal como es” (que es un borrego).¹

A través de publicaciones como *La Orquesta*, *El Padre Cobos*, *La Sombra*, *La Cucaracha*, *El Buscapié*, *La Tarántula*, *El Boquiflojo*, o *La Madre Celestina*, es factible ver otras imágenes ajenas a la visión tradicional que tenemos de Juárez quienes fuimos educados bajo la memoria histórica del viejo nacionalismo revolucionario, incapaz de cuestionar mínimamente el presidencialismo y la heroicidad pétrea del benemérito.

Es curioso mirar la lista de publicaciones existentes en la época de Juárez, así como las caricaturas que le hicieron, y compararla con el número de publicaciones existentes de 1929 a 1968,² periodo de

auge del presidencialismo mexicano, para darse cuenta que hubo mayor libertad de expresión en aquella época. Más aún: en el propio porfirismo hubo más publicaciones de humor que en el periodo de auge del sistema político mexicano generado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

La obra de esos caricaturistas decimonónicos, quienes realizaron estupendas litografías, muestra una manera distinta de ver la historia, sin trampa, sin demagogia, aunque, hay que decirlo, muchos de esos cartones sólo son perceptibles con un conocimiento de la historia del momento y requiere de un excesivo y minucioso conocimiento de ese momento.

Cabe señalar, pues, que las caricaturas realizadas por aquellos artistas liberales muestran, también, otros aspectos: la crítica política, disidencia política, o apoyo crítico, sin una posición dogmática, que ayudó sin duda al desarrollo de la sociedad mexicana a pesar de los más de treinta años de dictadura. El florecimiento de la cultura en el Porfiriato conformó un valioso grupo de intelectuales y artistas que fueron artífices del nacionalismo cultural en México.

Hay que mirar a los personajes históricos como eran: de carne y hueso, sin caer en la mitificación; afortunadamente ésta se ha ido desmoronando. En la medida en que se observe y estudie a las figuras históricas más cercanas a la realidad, serán mejor valoradas. Por ello resultó gratificante que en 1996, en la propia ciudad de Oaxaca, se realizara una exposición llamada “La caricatura en la época de Benito Juárez”, y don Luis González escribiera en su presentación, a propósito de la en ese entonces directora del Instituto de Artes Gráficas de

¹ Ésta es la imagen de la portada del Calendario conmemorativo 2006, publicado por Carlos Sánchez Silva y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva en el festejo bicentenario.

² Agustín Sánchez, *Diccionario biográfico ilustrado de la caricatura mexicana*, recoge el nombre de 45 publicaciones de humor entre 1859 y 1868; cien años después, apenas habían 11.

Oaxaca, Isabel Grañén: “Que Dios la perdone por su audacia como historiadora”.

Porque, en efecto, para renovar los estudios históricos, hace falta audacia; la

caricatura, sin duda, ayudará en este proceso de conformación de la nueva historia.

Agustín Sánchez González

CENIDIAP-INBA